



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SE202116

SUPLEMENTO
Vida Nueva



Artemisia Gentileschi:
*Cristo y la mujer
samaritana, 1637*

EDITORIAL

Sembradoras

En el Evangelio de **Juan**, la samaritana es la mujer que discute con **Jesús**. No es, en sentido estricto, lo que se considera una mujer ejemplar. Por el contrario, es una mujer no convencional que ha tenido hasta 5 maridos. Quizá por eso Jesús la escucha y entabla con ella una relación cercana que evoluciona en un crescendo fascinante: ella pregunta continuamente y sube la apuesta, casi provocándolo. Él entra en el juego y le responde porque la respeta, hasta que, al final, se revela a ella como el Mesías. Samaritana es también el femenino de samaritano, entendido como habitante de Samaría, un pueblo considerado impuro, al que los hebreos despreciaban y que, sin embargo, Jesús describe como bueno, caritativo y compasivo con el enemigo herido en el Evangelio de **Lucas**.

Para nosotras, las “samaritanas” son mujeres que están fuera del sistema, capaces de hacer preguntas y de dejarse interpelar, que saben hablar a los hombres y que están abiertas al otro, a lo nuevo y al futuro. Son las que necesitan verdad, no certezas precocinadas, son emprendedoras, inteligentes, poco convencionales, directas y no sumisas.

En este número hablamos de mujeres así, espíritus libres y vivaces que desafiaron las opresiones de la cultura dominante y que afirmaron su independencia pagando las consecuencias de sus ideas, de una perseverancia que se percibía como una falta. Figuras femeninas con una notable carga de ruptura que, sin embargo, han sido sembradoras en la Iglesia y en la sociedad.

Como **Hildegarda**, monja sabia y poderosa, consejera de papas y emperadores, que hábilmente se batió en duelos con las jerarquías eclesiásticas del siglo XII y un milenio después fue declarada doctora de la Iglesia; o como **Mary Ward**, pionera de principios del siglo XVII, acusada de herejía y encarcelada y cuyas virtudes heroicas fueron reconocidas casi cuatro siglos después. Algunas han tenido una existencia intrincada y transgresora, cargadas de valor para vivir su destino sin descargar su peso en las espaldas de otros, como **Etty Hillesum** que murió en un campo de exterminio nazi; o **Dorothy Day**, hoy considerada una especie de “conciencia radical” de la Iglesia católica americana del siglo XX. **Simone Weil**, filósofa, mística y activista, sembró fecundas semillas en el campo de los derechos inalienables; del mismo modo que por el ecumenismo lo hizo **Margarita Moyano**, la más joven de los 23 auditores del Concilio Vaticano II. Tratar esto de nuevo no es un mero ejercicio literario. Porque sobre algunas todavía se presentan resistencias, especialmente sobre las modernistas. Y porque algunos de los problemas que han planteado, —el diálogo entre hombre y mujer o la relación entre Espíritu y Ciencia—, exigen una nueva reflexión transversal y, quizás, más extendida y generalizada.

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

Consejo de redacción

RITANNA ARMENI
FRANCESCA BUGLIANI KNOX
ELENA BUIA RUTT
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
GIORGIA SALATIELLO
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (coordinadora)

En redacción

GIULIA GALEOTTI
SILVIA GUIDI
VALERIA PENDENZA

Esta edición especial en castellano
(traducción de ÁNGELES
CONDE) se distribuye de forma
conjunta con VIDA NUEVA y
no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

Las que rompen el techo de cristal

Las samaritanas de ayer y de hoy

DE MARINELLA PERRONI. Biblista,

Las samaritanas, en plural femenino. Según el Evangelio de **Juan**, **Jesús** habla a una mujer samaritana. Según el Evangelio de **Lucas**, para Jesús cualquier samaritano era un ejemplo de obediencia a la ley mosaica. Pero los judíos los consideraban cismáticos debido a su contaminación étnica y religiosa y les impedían participar en el culto oficial de Jerusalén. Por ello, los samaritanos construyeron su propio templo en el monte Garizín. De forma que, Jesús, con estas afirmaciones, rompió todos los esquemas.

La mujer de Samaría

Siempre me he preguntado por qué uno de los templos parisinos más famosos de la era consumista recibió el nombre de “La Samaritaine”. La motivación está lejos de ser banal porque en la fachada de la primera bomba hidráulica colocada por el rey **Enrique IV** (1553-1610) en el puente más antiguo de París, el Pont Neuf, había un grupo escultórico que representaba el encuentro de Jesús con la Samaritana y, justo en ese mismo puente, **Ernest Cognacq** tenía una tienda que fundó con su esposa **Marie-Louise Jaÿ** hacia 1870; eran los famosos almacenes de la Ville lumière. Cuando la memoria bíblica todavía era la urdimbre de la vida en Europa, era natural asociar el recuerdo de la mujer evangélica de Samaría con el agua.

Desconocida para los tres evangelios sinópticos, la mujer samaritana [Jn 4: 4-42] es para Juan toda una protagonista en su Evangelio. Su encuentro con Jesús tiene lugar en la ciudad de Sicar, que es importante desde el punto de vista religioso porque está conectada al patriarca **Jacob** y a su hijo **José** por un pozo de agua aún hoy venerado. No debe sorprender entonces que el pozo, el agua y un ánfora sean para el Evangelista claves narrativas claras de toda la historia, centrada en el primer discurso largo con el que Jesús comienza su revelación pública.

Cierto es que antes hubo un encuentro con Nicodemo [Jn 3: 1-21], pero, si consideramos la narrativa en su conjunto, casi parece que el diálogo con el importante rabino de Jerusalén, un hombre del sistema, prepara para el siguiente, el de alguien que está doblemente fuera del sistema, porque es mujer y porque es samaritana. Nicodemo va con Jesús porque quiere, pero el encuentro se produce de noche y su diálogo se desarrolla con dificultad. Nicodemo también hace preguntas, trata de saber quién es ese hombre, pero las respuestas de Jesús pronto se convierten en un largo monólogo porque Nicodemo abandona la escena.

El encuentro entre la mujer de Samaría y Jesús es casual, se desarrolla a plena luz del día y culmina en la confesión de la condición mesiánica de Jesús a la mujer quien incluso emprende una intensa acción misionera hacia sus convecinos. La mujer, dejando su cántaro, corrió a la ciudad y dijo a la gente: “Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho, ¿no será el Cristo?”.

En el centro del diálogo solo puede haber agua. La estrategia retórica de los malentendidos que nos presenta el Evangelista nos permite centrarnos en el hecho de que el verdadero eje del diálogo reside en el reconocimiento de que el agua, símbolo de la sabiduría que da vida, es también símbolo de la enseñanza de Jesús y del don del Espíritu. La jarra dejada junto al pozo es señal de que la mujer de Samaría lo ha entendido: como le dijo Jesús, si acepta su enseñanza ya no tendrá “sed nunca más”. El protagonismo de la mujer samaritana es para el Evangelista todo menos secundario. Ella es la interlocutora con la que Jesús elabora el primero de sus discursos de revelación, son sus preguntas las que obligan a Jesús a mostrarse cada vez más y a declararse abiertamente como el Mesías. Porque presionado por la mujer samaritana, Jesús da un discurso fuertemente arraigado en la tradición del Antiguo Testamento; un



discurso que es también visionario y busca la novedad del don mesiánico del Espíritu.

Jesús le dice: “Dame de beber”, pues sus discípulos se habían ido a la ciudad a comprar comida. Le dice la mujer samaritana: “¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana? (...) Le dice la mujer: “Sé que va a venir el Mesías, el llamado Cristo. Cuando venga, nos lo desvelará todo”. Jesús le dice: “Yo soy, el que está hablando contigo”.

Por su parte, también la mujer adquiere cada vez más conciencia gracias a sus propias preguntas y comprende que, para acoger la novedad mesiánica, ella también debe cuestionar su sistema religioso. Por desgracia, hoy como ayer, muchos intérpretes prefieren creer que la repentina petición que hizo Jesús de ir a llamar a su marido obedece a su problema de índole sexual, ya que se ve obligada a admitir que no tiene marido y parece aceptar su culpa por haber tenido más de uno. Si más que la inestabilidad de la vida matrimonial de la mujer, la referencia a sus “cinco maridos” se entiende como una denuncia por parte de Jesús de las múltiples divinidades a las que adoraban los samaritanos junto con la de Yhwh, entonces esta referencia está en perfecta sintonía con el resto del discurso y prepara para la revelación disruptiva del nuevo culto, que ahora está teniendo lugar “en espíritu y en verdad”, y al que todos, tanto judíos como samaritanos, tendrán que convertirse.

Para un Evangelista como Juan, que se inspira en una tradición espiritual que corre a la par del sistema de la “gran iglesia”, el protagonismo de la mujer de Samaría sirve para aludir al hecho de que la revelación de Dios choca, por un lado, con el misterioso rechazo de quienes pudieron haberla recibido y, por otro lado, con la inesperada acogida por parte de los considerados más ajenos a él. No es de extrañar que sean las mujeres, ya entonces relegadas a un segundo o tercer plano en las primeras comunidades cristianas, las que jueguen un papel muy importante en el desarrollo de la trama teológica de un Evangelio que quiere ser, si no realmente transgresor, al menos alternativo: **María de Nazaret** vela por el inicio y cumplimiento de la misión mesiánica de su hijo; **Marta de Betania** pronuncia la más alta confesión cristológica de todo el Evangelio; su hermana María, además de asistir a la resurrección de su hermano **Lázaro**, unge proféticamente los pies y la cabeza de Jesús en la cena que precede al camino de la pasión; **María de Magdala** es la testigo de la primera aparición del Resucitado y recibe de Él el primer mandato apostólico. Con ellas, también la mujer de Samaría, la hereje.

La buena samaritana

Debió ser finales de la década de 1960. Misa dominical de mediodía en la iglesia del Gesù en Roma. Un padre jesuita, que conocía muy bien, se aventuró durante la predicación a actualizar la parábola del Buen Samaritano con la siguiente historia. Había dos coches, el primero con matrícula SCV, Stato Città del Vaticano, y el segundo con la matrícula DC, Democrazia Cristiana, que circulaban sin apercibirse de que había un herido en la carretera. Teníamos un tercer coche con la matrícula de la URSS. De este último descendió alguien que se



hizo cargo de la víctima. Eran estas unas comparaciones quizá un poco ingenuas que hoy en día a nosotros los más jóvenes no nos provocan ningún escándalo, pero que al jesuita le costaron un mes de prohibición para predicar. Una sanción que no debería sorprender porque, si lo pensamos, a Jesús le tocó una suerte mucho peor. Por otro lado, afirmar que un hereje hereda la vida eterna porque respeta la Ley más que dos representantes de la religión oficial, está claro que no debió agradar a muchos.

La parábola, una de las más conocidas del Evangelio, es pronunciada por Jesús para responder al desafío planteado por un doctor de la Ley que cuestiona su derecho a enseñar al no estar acreditado oficialmente para ello y, como siempre, revierte la perspectiva del interlocutor: a un pobre que los bandidos han dejado herido al borde del camino, lo ayuda un hereje, un samaritano que incluso paga por sus cuidados. No lo hacen las dos figuras institucionales como un sacerdote o un levita.

Por otro lado, bien se puede suponer que, en la época de Jesús, ninguna mujer podría haberse aventurado sola en el camino que desciende de Jerusalén a Jericó. Sin embargo, si tuviéramos que representarla hoy, podríamos imaginar un elenco femenino completo, o al menos en parte. Además, dado que la parábola comienza con un genérico “un hombre” y dado que siempre debemos creer que este término no significa necesariamente un hombre, entonces es totalmente legítimo imaginar que aquellos que fueron atacados por ladrones y aquellos que los cuidan pudieran ser incluso mujeres.

Si hoy releemos así una de las parábolas más famosas del Evangelio, nadie se sorprendería. No tanto por la corrección política, sino porque un hecho, tal vez nada casual, está ahora bajo la mirada de todos: el ámbito de la caridad fue el primer “techo de cristal” que lograron romper las mujeres en la Iglesia, mujeres que hoy en día ocupan posiciones destacadas en los organigramas de las organizaciones humanitarias de todas las iglesias y todos los estados. Hace años participé en un encuentro internacional de mujeres donde intervinieron líderes de grandes instituciones de distintos países que trabajan, y muchas veces viven, en estrecho contacto con situaciones de emergencia como pobreza, enfermedad, guerra, rescate en el mar o deportación. Son muchas las mujeres que, en Cáritas, en Misereor, en Cruz Roja Internacional,



Las mujeres de

DE ALESSANDRA BUZZETTI. Periodista

→ en Médicos sin Fronteras y en miles de iniciativas lejos de las cámaras, se hacen prójimas a los miles de desventurados de todo el mundo. Son muchas las que se desgastan en misiones o en el borde de los caminos de nuestras ciudades, como en los últimos meses en los que hemos visto a tantas de ellas enfrentarse a la emergencia pandémica en nuestros hospitales.

No es ninguna novedad. A lo largo de los siglos cristianos, las buenas samaritanas han sido innumerables, algunas reconocidas y propuestas como ejemplo o incluso beatificadas y canonizadas; otras, y son la mayoría, anónimas. Hay muchas “herejes”, mujeres que consideramos ajenas a nuestro sistema social y también al religioso y que se ocupan del cuidado de muchos “desventurados” de la sociedad del bienestar. Las samaritanas, capaces de convertirse en prójimos de cualquiera en dificultad, no son menos sugerentes que el samaritano del Evangelio. De hecho, al final de la parábola, Jesús no pronuncia una enseñanza, sino una advertencia:

“¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores? Él respondió: “El que practicó la misericordia con él”. Dijo Jesús: “Vete y haz tú lo mismo”.

Podríamos preguntarnos cuántos estaríamos dispuestos a seguir el ejemplo de alguien que hace el bien, pero viene de un país lejano, tiene un color de piel diferente, no tiene todos los permisos necesarios para estar en el sistema, pertenece a otra iglesia u honra a un otro Dios.

Ayer como hoy, las samaritanas evangélicas son el espejo de los ministerios que muchas mujeres ejercen en la Iglesia en el campo de la caridad, de la enseñanza teológica y de la catequesis. ¿Fuera del sistema? Quizás ha llegado el momento, y este es el momento, en que deje de ser cierto.

Jocabed nos recibe en el salón. Todavía tiene los rulos puestos y no tiene prisa, porque por fin puede descansar y dedicar la mañana a ponerse guapa. En la habitación contigua hay un continuo ir y venir de gente. Todos los hombres están en fila esperando su turno para felicitar al Sumo Sacerdote por la Pascua. **Abed-El**, que viste un vestido largo gris y un tocado rojo, es el guía espiritual de los samaritanos desde 2013. Es el suegro de Jocabed.

“Llevo el nombre de la madre de Moisés y significa que ‘Dios es glorioso’”, dice con cierto orgullo. Sabe hebreo, pero habla principalmente en árabe, como todos los demás habitantes de Kyriat Luza, un pueblo en el corazón de Cisjordania, en las laderas del Garizín, la montaña sagrada de los samaritanos. Un pueblo con un pasado bíblico glorioso, en el que hoy viven poco más de 800 almas; 450 residen aquí y la otra mitad en Holon, un pueblo al sur de Tel Aviv. Se reúnen para las fiestas más importantes, que solo se pueden celebrar en el monte Garizín, el centro religioso de una comunidad que conjuga la vida moderna con una fe arcaica. Usan la televisión e Internet y estudian en universidades israelíes a la vez que conservan sus ritos y tradiciones milenarias.

“Me comprometí con mi esposo cuando tenía 14 años. Pasaron 10 años en los que ni siquiera hablamos una sola vez hasta que un día apareció con una canasta llena de patatas preguntándome si quería probarlas. Al año siguiente nos casamos y nunca tuvimos una pelea seria en 27 años de matrimonio. La vida de una mujer samaritana no es fácil. En nuestra cultura, somos

nosotras las que llevamos el 80 por ciento de toda la carga sobre nuestros hombros. Crie a 3 hijos y he trabajado en la empresa de mi esposo durante 15 años. Producimos tahini y la nuestra es una de las mejores salsas de sésamo de Oriente Medio”, cuenta Jocabed. La empresa pertenece a la familia **Cohen**, un linaje sacerdotal de la tribu de Leví, según confirmó un análisis de ADN. Los Cohen son una de las cuatro familias que componen la comunidad hoy. La sinagoga del pueblo es un edificio modesto, al que se entra sin zapatos y donde se reza encima de la alfombra, hombres y mujeres juntos si estas quieren, porque las mujeres samaritanas están exentas de la obligación de rezar en el Templo.

El tesoro de los samaritanos se guarda en una caja rectangular. Ahí está la auténtica Torá escrita en la piel de un carnero trece años después de la muerte de **Moisés**. El Pentateuco es el único texto sagrado y es uno de los cuatro pilares de la religión samaritana. Un solo Dios, un solo profeta (Moisés), un libro solo sagrado (la Torá) y un solo lugar santo, el monte Garizín. El área arqueológica de la montaña sagrada es ahora un parque nacional israelí. El día de la Pascua samaritana, el director no pierde de vista a las jóvenes del pueblo que, con ropa ajustada al estilo occidental, están entretenidas en hacerse selfies. “Los samaritanos tienen libre acceso al parque, vienen en peregrinación en Semana Santa y con motivo de otras dos festividades acordonamos sus lugares santos en señal de respeto”, asegura el director **Ilan Cohen**, un judío de Jerusalén.

En esta montaña se habrían encontrado **Adán y Eva**, **Noé** habría arribado después



la Samaría del cuarto milenio

En el pueblo evangélico apenas habitan unas 800 personas

del diluvio universal y también sería el lugar del sacrificio de Isaac. Lo que han confirmado las excavaciones del siglo pasado son los restos del templo construido aquí por los samaritanos en la época de **Alejandro Magno**, como alternativa al de Jerusalén. Supuso una fractura con el mundo judío que nunca sanaría. Desde lo alto de la montaña se pueden ver las dos cúpulas rojas de la iglesia ortodoxa de Nablus, que alberga el pozo de **Jacob**. Con 40 metros de profundidad, 8 de los cuales todavía están llenos de agua, según la tradición, es el lugar del encuentro de Jesús con la mujer samaritana bajo el debido respeto a lo políticamente correcto, -los samaritanos eran enemigos de los judíos-, y en completa violación de las normas religiosas. Un judío no podía hablar ni beber de una copa contaminada por las manos de una mujer samaritana.

Dos mil años después, las cosas no han cambiado mucho en cuanto a la impureza. “Simplemente seguimos siendo fieles a lo que indica la Torá”, explica **Nashla**, de 48 años con 5 hijos, mientras conversa con sus amigas frente al único bar del pueblo. “Durante siete días, desde que comienzo a menstruar, nadie puede tocarme, ni siquiera mi esposo. Tengo que usar ropa especial y comer en platos separados. Si cargo en brazos a mi hijo, lo hago impuro y tengo que bañarlo antes de que toque a su padre”. Para las recién paridas, el aislamiento es mayor: de cuarenta días cuando nace un hijo y de ochenta cuando llega una niña. “Somos una comunidad y nos ayudamos unos a otros, aunque está claro que no es fácil. Lo vemos en el hecho de que los más jóvenes no quieren tener más

de dos hijos”, concluye **Nashla**, profesora de inglés en Nablus, una de las principales ciudades palestinas con mayoría musulmana. Cuando en la época romana se llamaba Siquem, los samaritanos eran allí más de un millón. A lo largo de la historia, el número fue disminuyendo drásticamente debido a sangrientas rebeliones y conversiones forzadas al islam. A principios del siglo XX quedaban solo 150.

Por eso, para asegurar su supervivencia, comenzaron a engendrar familias numerosas, pero, al ser una sociedad que no aceptaba a los conversos, la consanguinidad comenzó a crear problemas. Los frecuentes matrimonios entre primos hermanos aumentaron el riesgo de enfermedades genéticas. Cuando, en la década de 1990, los samaritanos obtuvieron el pasaporte israelí y tuvieron acceso al sistema sanitario del estado judío, comenzaron a verificar la compatibilidad genética antes de casarse. Más reciente es la luz verde a los matrimonios mixtos. El Sumo Sacerdote, supremo guía espiritual y árbitro también en materia matrimonial, ha concedido a los hombres el derecho a contraer matrimonio con mujeres no samaritanas bajo la condición de que estas se conviertan.

“Nosotras podemos elegir con quién casarnos, pero debe ser un samaritano, ¿nos parece bien? No te puedo decir ni que “sí” ni que “no”. Lo que sí está claro es que las mujeres samaritanas somos pocas”, comenta **Lubna**, sentada en el jardín con su vestido de seda rojo brillante junto a su esposo que está fumando su pipa de agua. Las primeras que acogieron fueron judías israelíes, ya familiarizadas con los dictados de la Torá. La adaptación es más

difícil para las que llegan del extranjero con una tradición cristiana. Hoy son unas quince. Alla fue una de las pioneras. Procede de Ucrania y cruzó el Mar Negro para asentarse en el monte Garizín. Superó un período de prueba tras el que fue aceptada por la comunidad. “Fue una situación impactante, pero la gente me ayudó porque es abierta y acogedora”, explica. Además del árabe y del hebreo también ha aprendido a cocinar siguiendo estrictamente las reglas religiosas.

La semana antes de Pascua resulta agotadora, porque, salvo pan y carne, no se puede comer nada que no sea casero. El banquete pascual remite al siglo I después de Cristo, antes de la destrucción del Templo de Jerusalén. Se encienden los hornos alrededor del lugar del sacrificio, donde cada familia lleva su cordero. Al atardecer, la plaza se llena y todos van vestidos de blanco. El Sumo Sacerdote dirige la oración y cuando dice “el pueblo de Israel será liberado de la esclavitud”, se comienza a matar a los animales y se ponen a cocinar sobre las brasas de los hornos cubiertas de arena. Hombres, mujeres, niños se abrazan y se marcan la frente con sangre de animales sacrificados. “Celebramos la liberación de Egipto de la esclavitud, como dice la Biblia”, explica una joven. Sus ojos azules y cabello rubio revelan que pertenece a una familia mixta. Estas nuevas generaciones ya han comenzado a presionar a los sacerdotes y ancianos para que los liberen de los aspectos más pesados que dicta la Torá, como el largo aislamiento después del parto. Piden que, si realmente no se puede acortar, al menos lo puedan vivir juntas todas las mujeres impuras.



La larga espera de Hildegarda, una “pluma” de grandes talentos

Esta religiosa pionera fue proclamada santa y doctora mil años después

DE MARIAPIA VELADIANO

La pequeña, diminuta, muy frágil **Hildegarda** que escapó de la muerte el día que vio la luz, niña solitaria y tímida para hablar ¿qué es capaz de ver que los demás no saben interpretar? Esta Hildegarda, samaritana de la mirada, nos habla a nosotros, los modernos inmersos en el mundo de la imagen. “Lo que no veo, lo ignoro”, repite.

La gente la reconoció como mujer de Dios mientras aún vivía y la veneraron inmediatamente después de su muerte, pero no fue hasta 2012 cuando fue proclamada formalmente santa y Doctora de la Iglesia. Larga espera para obtener el reconocimiento de su dimensión intelectual tan difícil de aceptar en la mujer por parte de la Iglesia, porque la mujer se tolera más fácilmente como mística que como teóloga. Además, nada ha sido fácil en la vida de Hildegarda. Desde su difícil nacimiento siendo la décima hija, pasando por sus primeros años de vida o su infancia complicada e inquietante hasta su precoz ingreso en el convento ya que tampoco en el siglo XII era común autorizar la entrada a un convento a una niña de ocho años. Puede sonar tremendo y lo es. Pero en ese momento, los niños eran queridos de una forma muy distinta a la que conocemos hoy. No es fácil de imaginar, pero podemos intentarlo.

Hildegarda nació en Bermersheim, diócesis de Mainz, en 1098, en el seno de una familia de la nobleza menor. Según lo relatado en la *Vida de santa Hildegarda*, escrita por **Godofredo de Disibodenberg** y por **Teodorico de Echternach**, enfermaba muchas veces hasta casi el borde de la muerte, tuvo visiones y hablaba muy poco. Cuando ingresó en el monasterio benedictino de Disibodenberg fue confiada al cuidado de la joven noble **Jutta de Spanheim**, que vivía allí como un anacoreta en una celda construida por su familia y que accedió a educarla en la vida espiritual. En una carta a **Bernardo de Claraval**, Hildegarda escribe que conoce el significado interior de los Salmos y otros textos de la Biblia que se le muestran en las visiones, que puede leerlos “solo de una forma sencilla” y que no conoce las palabras que los componen.

Una profesión de ignorancia que sería confirmada en *Vita*, donde leemos que Jutta solo le enseñó a cantar los salmos de **David** acompañándose con el salterio de diez cuerdas, y que, aparte de esto, “no aprendió nada más de letras ni de música ni de otros seres humanos, a pesar de que no hay pocos escritos sobre ella y volúmenes que son todo menos delgados”. Lo más probable es que esto no sea cierto. Lo que tanto Hildegarda como sus hagiógrafos quieren subrayar es que en ella es Dios quien habla. Porque su figura es absolutamente excepcional y en ese momento era algo que podría ser muy peligroso ya que las visiones eran sospechosas, entonces como ahora, porque quién sabe si venían de Dios o del diablo. Ni siquiera la niña Hildegarda podía saberlo y de hecho durante mucho tiempo aprendió a mantenerlas en secreto. A su alrededor todos comprendían la excepcionalidad de la situación y el peligro que corría, y enviarla al convento fue una forma de protegerla del ruido del mundo. Pero para ella también se convirtió en otra cosa. Como escribe **Chiara Frugoni**, el monasterio es un espacio de autonomía para la mujer de la Edad Media, un lugar donde puede tener “un espacio para ella sola” que le permita igualar y superar a los hombres en oración, meditación y cultura.

Ser mujer llena de sabiduría es vivir en la frontera. Es difícil no demostrarlo, pero peligroso hacerlo por lo que constituye un agotador ejercicio de contención. También pasaba en el convento porque también el convento debe protegerse, sobre todo de la sospecha

de herejía. Allí Hildegarda recibió del abad Kuno el mandato de silencio y ella lo aceptó: “Hasta mis quince años de vida vi muchas cosas, y algunas las conté, pero los que las escucharon se asombraron hasta tal punto que se preguntaban de dónde venían y de quién. Así que me asusté y escondí la Visión tanto como pude”. Ella no podía hablar de lo que veía, pero veía y lo hacía de una manera completamente clara, su mente no estaba para nada confusa: “Escucho estas cosas con los ojos abiertos, en las visiones no sufro ningún éxtasis. Las veo en estado de vigilia, día y noche”. Dios se presentaba a sí mismo como Luz. En los textos de Hildegarda las palabras luz, luminoso, sol, iluminación y clara luz son la clave para la interpretación de la Creación. Las visiones eran precisas y cultas y partían del texto bíblico, a la par que resultaban muy originales. Lo que sabía y hacía no podía venir más que de Dios.

Y sabía mucho. Hildegarda daba a menudo una hermosa definición de sí misma: “una pluma confiada al viento de la confianza en Dios”. Pluma porque estaba expuesta al viento de la sospecha o la idolatría. De un momento a otro, pasaba de ser una santa a una hechicera. Estaba muy apegada a su noble discípula Riccarda di Strade, su predilecta, a la que quiso y educó. No temió a los afectos, ella que era amada por Dios. Era la fe en Dios lo que la movía y aunque conocía las dudas de los profetas del Antiguo Testamento, tenía una clara conciencia de su propio valor como instrumento en las manos de Dios. Lo que ella llamaba “Luz viva” le mostraba claramente lo que debía hacer. Hildegarda escribía y escribía. A partir de los cuarenta y dos años comenzó a dictar las visiones. Y en esto el monje **Wolmar**, asignado a ella, la ayudó con la condición de que las revelaciones no salieran del monasterio. Y es él quien también pintó sus visiones, bellas y complejas miniaturas alegóricas, sobre el cosmos, el ser humano, la ciudad y el Espíritu que da vida a todas las criaturas.

Hay tres obras de Hildegarda que son teológicas y proféticas: *Scivias*, *Liber vitae meritorum* y *Liber divinorum operum*. También fundó el monasterio de Rupertsberg en el lugar que le fue indicado por Dios, cerca de Bingen. Resultó toda una lucha por obtener el permiso del abad **Kuno**, acostumbrado a las vocaciones y, por tanto, a los ricos dones que gracias a la presencia de Hildegarda llegaban al monasterio. Luz viva entonces le pidió que se cuidara y lo hizo. La presencia de la enfermería en los monasterios benedictinos era normal, pero con ella Luz viva fue más allá y le dictó los fundamentos del arte de curar. Así Hildegarda escribió *Liber subtilitatum diversarum naturarum creaturarum* (*El libro de las sutiles diferencias de las distintas naturalezas de las criaturas*). Es una colección teológico-naturalista de conocimientos sobre las plantas, las enfermedades y el equilibrio del

cuerpo. El cuerpo y el espíritu. El espíritu que trabaja en el cuerpo y con el cuerpo. La unidad entre naturaleza y espíritu, animales, plantas y hombres. Me evoca el mundo sutil de los espíritus del chamanismo universal, la idea de que existe una continuidad absoluta entre la vida del hombre y la naturaleza. O una anticipación de la visión unificada moderna del mundo. Es así, pero en Hildegarda es Dios el autor de esta armonía.

También transcribió la música celestial que acompaña a las visiones. Era una nueva música que unían a religiosas y fieles durante las celebraciones. Las hermanas también eran visiones. Las viste de luz, con velos y coronas despampanantes. Hildegarda no se detiene. Es la primera mujer compositora de la que tenemos la música que defiende con orgullo el papel del canto en la vida de fe. Ama a Dios a través de los cuerpos que sana. Primero lo amaba con palabras. Luego a través de la música, finalmente a través de las plantas y las flores, de toda la naturaleza.

Cuando Hildegarda ya era mayor, mayor para la época, Luz viva le ordenó predicar, una actividad absolutamente excepcional para una mujer. Y ella lo hizo por Colonia,

Trier, Lieja y Würzburg. Tenemos que imaginar estos viajes en la Edad Media. Era una mujer que siempre fue frágil lidiando entre el barro y las frías aguas del deshielo del Rin. La enfermedad la convirtió en una samaritana necesitada de cuidados, pero la curaba Luz viva y, a través de ella, Hildegarda curaba los cuerpos, las herejías y cualquier tentación de poder.

¡De cuántas maneras Hildegarda ha sido samaritana! Nunca se apartó del camino a pesar de ser una mujer sola, sin una gran personalidad que la protegiera, “paupercula feminea forma”, mandada por hombres, sacerdotes poderosos y levitas que controlaban su don. Me viene a la mente la secuencia pascual, “muerte y vida enfrentadas en un duelo extraordinario”, en ella, en su cuerpo. El mundo que nos rodea se pregunta cómo es posible, pero son cuestiones de nada cuando la fe y el amor por las criaturas nos habitan.

Dos arcoíris muy brillantes se cruzaban en el cielo, uno de norte a sur y otro de este a oeste, justo encima de la celda del monasterio de Rupertsberg cuando Hildegarda murió la noche del 17 de septiembre de 1179. En el punto donde los dos arcoíris se encontraron, apareció una luz muy clara en el interior que mostraba una cruz rodeada de círculos de colores. El movimiento de la luz se extendía a todo el firmamento y descendía a la tierra hasta iluminar la montaña que rodea el monasterio para abrazar toda su amada tierra, llena de energía, *Viriditas*, la fuerza vital verde en la que se sustenta toda la creación. Creación a la que Dios envía el “rocío de su dulzura” todos los días.

[Las citas provienen de *Il libro delle opere divine*, Marta Cristiani y Michela Pereira, Mondadori 2010.]°



Santa y artista de película

Von Trotta retrató a la abadesa en el filme "Vision"

DE GLORIA SATTA

Hasta el cine ha querido celebrar a **Hildegarda de Bingen**. En 2009, **Margarethe Von Trotta**, cineasta comprometida, dirigió la película *Vision* con la que pretendió reconstruir tanto la parábola mística como el impacto político de la santa. Fue interpretada con intensidad, rigor narrativo y tensión espiritual por Barbara Sukowa. Von Trotta, famosa por la película "Los años de plomo" y máxima exponente del Nuevo Cine Alemán de entre los 60 y 80, convierte a Hildegarda en una de las figuras más incisivas de su filmografía habitada por mujeres fuertes, independientes y decididas a construir su propio destino. Mujeres que brillan con determinación y valor y hasta parecen revolucionarias, como **Rosa de Luxemburgo** o **Hannah Arendt**. Su denominador común es querer emanciparse de una cultura dominada por los hombres. Son mujeres destinadas a dejar una huella en la Historia.

¿Qué le llevó a hacer una película sobre Hildegarda de Bingen?

Después de 1968, las feministas comenzaron a buscar mujeres con visibilidad y poder espiritual o artístico. En la memoria colectiva no teníamos muchas, porque los hombres siempre eran considerados las figuras más importantes, tanto en el arte como en la religión. Buscando a través de los siglos, redescubrimos a Hildegarda. E inmediatamente me enamoré de ella.

¿Por qué motivo?

No fue solo una figura religiosa importante, sino también una artista capaz de crear imágenes y una magnífica música gregoriana.

¿Cómo se preparó para llevar a Hildegarda a la gran pantalla?

Buceé en textos históricos y literarios. El primer libro que estudié fue *Scivias - Wisse die Wege* que tiene unas hermosas ilustraciones de las visiones de Hildegarda. Antes no sabía nada de ella porque soy protestante de nacimiento y los santos y las abadesas no son parte de nuestra cultura religiosa. **¿Fue difícil encontrar financiación para la película?**

Ya a principios de los ochenta quise hacer esta película, justo después de "Los años de plomo", pero en ese momento el cine todavía estaba muy imbuido por la política contemporánea y no había forma de encontrar un productor. Llegó uno muchos años después pidiéndome que escribiera el guion de esa película de la que había estado hablando durante años. Y en 2007 pude ir a la abadía de Hildegarda en Rudesheim, en la tierra de Hesse, a buscar documentos y materiales.

¿Qué encontró?

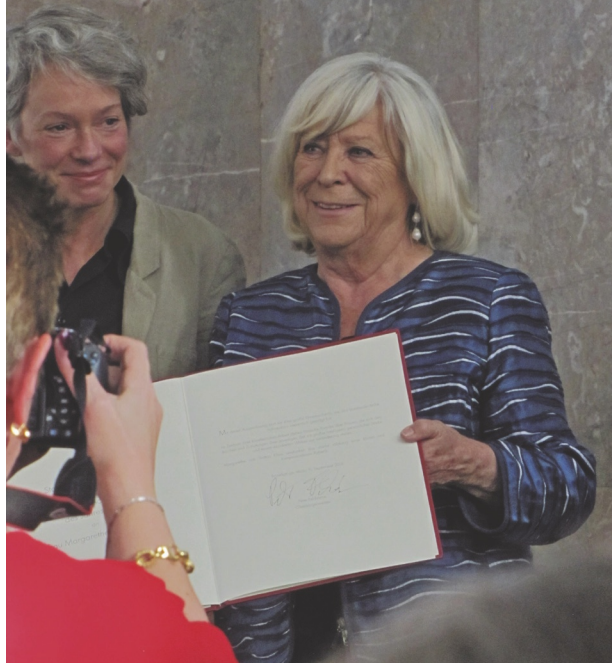
En primer lugar, a la hermana Philippa quien me aconsejó sobre las lecturas correctas en lugar de los muchos libros insoportablemente románticos y de baja calidad sobre el santa. Casi me ordenó que no me detuviera en la faceta de Hildegarda como experta en plantas, un aspecto de su personalidad tan conocido que hasta en los paquetes de algunos cereales está su imagen.

¿Es correcto considerarla una proto-feminista?

Tan pronto como comencé a estudiarla, me di cuenta de que era una mujer de valor universal, dotada de inteligencia, energía y un deseo excepcional de independencia. Estaba convencida de que todo venía de Dios. Su decisión de dejar el convento de los monjes para crear uno femenino, con ella como abadesa, surge de sus visiones, pero es un acto moderno de emancipación, aunque Hildegarda estuviera convencida de que actuaba, no impulsada por un deseo inconsciente de independencia, sino guiada por la Luz, por la voz misma de Dios.

¿Cuáles fueron sus mayores enemigos?

Los monjes. Al principio no querían dejarla ir porque su fama les habría robado recursos de su monasterio. No estaban en absoluto a favor de su proyecto, pero cuando el Papa aceptó a Hildegarda como "profetisa", ella se sintió protegida.



¿Cree que Hildegarda hizo que la Iglesia diera pasos adelante?

No puedo responder a esta pregunta porque no soy católica.

¿Ha mostrado 'Vision' a monjes y a religiosos?

Proyecté la película para las religiosas y la abadesa de la abadía de Hildegarda, quienes luego me invitaron a debatirla con ellas. Estaban encantadas. También apreciaron al personaje masculino, el "asistente" del protagonista.

¿El Papa Benedicto XVI, que en 2012 proclamó Doctora de la Iglesia a Hildegarda, ha visto la película?

Creo que vio "Vision" porque me invitó a la Capilla Sixtina junto con otros artistas. Lamentablemente no pude aceptar la invitación porque no tenía tiempo. Y lo lamenté mucho. Pero sé que el hecho de que Hildegarda fuera proclamada Doctora de la Iglesia por el Papa Ratzinger, después de tantos años de espera y esperanzas frustradas, dio una inmensa alegría a las hermanas de su monasterio. Me atrevo a decir una felicidad "divina".

¿Qué mensaje puede transmitir Hildegarda a la sociedad y a las mujeres de hoy?

La importancia de la libertad y el significado de la elección. La santa nos enseña también el valor de la humildad.

Sin hábito ni clausura

DE ELENA BUIA RUTT

Era el año 1595 y en Mulwith, un pequeño pueblo de Yorkshire, Inglaterra, una niña de diez años se oponía a la voluntad de su padre, quien planeaba un matrimonio concertado y de postín para ella. Nacida en el seno de una acomodada familia inglesa, **Mary Ward** se guio desde su juventud por una fe inquebrantable que daría lugar a discrepancias, grandes y pequeñas, con cualquiera que esperara de ella una vida dentro de la norma. El último de los intentos para casarla fue orquestado por su padre confesor.

En 1609, en el marco de unas persecuciones anticatólicas cada vez más acuciantes, Mary cruzó el Canal de la Mancha para poder vivir su vocación religiosa en el monasterio francés de las Clarisas de Saint-Omer. Llegó allí con algunas compañeras y entró sin hacer ningún voto.

Pero la vida contemplativa necesitaba una aplicación en la práctica y fue así cómo Mary Ward ideó una escuela en Sant-Omer dirigida a la educación de las jóvenes. Nació la compañía de las llamadas “Damas inglesas” ya que sus miembros eran católicas inglesas, un grupo de mujeres dedicadas al apostolado, no atadas a una regla y sin hábito ni claustro. El vínculo indisoluble con la espiritualidad ignaciana, la cercanía al carisma de la Compañía de Jesús, cuya espiritualidad y estilo de vida adoptó Mary, les valió el sobrenombre de “Jesuitas”.

Además de la formación de las jóvenes, las Damas Inglesas ayudaron materialmente y apoyaron espiritualmente a los perseguidos y prisioneros católicos proclamando a Dios sin llevar ningún atuendo religioso, a veces incluso vistiendo a la moda para realizar obras de caridad sin llamar la atención. Liderado por mujeres que habían rechazado el claustro, este innovador apostolado activo en beneficio de la educación de las jóvenes y de la dignidad de la mujer en la sociedad y en la Iglesia, tuvo como centro radiante la espiritualidad ignaciana centrada en el discernimiento.

A través de la meditación y la oración, el vínculo de Mary con Dios se hizo cada vez más cercano, íntimo y coloquial hasta el punto de que en su biografía pudo afirmar que “Dios estaba muy cerca de mí y dentro de mí... lo vi entrar en mi corazón y esconderse allí”. Su libertad interior nacía



Mary Ward revolucionó la vida religiosa por defender la dignidad femenina en la Iglesia

precisamente de esta relación “directa” con el Señor de la que se sentía un “instrumento”. Una relación que se refleja en una de sus hermosas oraciones: *Oh padre entre los padres / Amigo de todos los amigos / Sin que yo te lo pidiera / Me tomaste bajo tus alas / Con pequeños pasos me liberaste / De todo lo que no eres porque / Te pude ver, te amo / ... / O feliz nueva libertad / Comienzo de todo mi bien.*

El discernimiento la llevó así a reflexionar sobre cuál era el plan que Dios tenía para ella y esta conciencia la liberó de cualquier tentación proveniente de las “cosas terrenales”: las riquezas, el honor o la gloria nunca llegaron a la mente y el corazón de esta pionera de una vida religiosa femenina a contracorriente. Mary Ward, guiada por el Espíritu, demostró así que las mujeres no eran criaturas débiles y volubles, destinadas al matrimonio o la vida conventual, sino capaces de actuar, orar y vivir en el mundo. Cuando en 1611, durante un éxtasis escuchó las palabras, “toma lo mismo de la Compañía”, Mary ya había adquirido tal familiaridad con las reglas ignacianas de discernimiento de los

espíritus que estaba lista para reconocer la providencia y a qué “estandarte” pertenecían dichos espíritus.

Obrando con la conciencia de ser guiada desde lo alto, pudo hacer frente a las innumerables objeciones y dificultades que inevitablemente encontró. A las críticas y a las maledicciones por hablar abiertamente de cosas espirituales frente a hombres adultos, incluidos sacerdotes, a los comentarios paternalistas de **Thomas Sackville** que veía a las “jesuitas” como mujeres volubles y exaltadas (“su fervor pasará, porque al fin y al cabo no son más que mujeres”), Mary, dirigiéndose hacia sus compañeras, respondió: “Entre mujeres y hombres no hay tal diferencia que sugiera que las mujeres no pueden hacer grandes cosas y se darán cuenta de que las mujeres en el futuro, como espero, harán mucho”.

Pero la santidad de la vida ordinaria de Mary Ward y su proyecto, demasiado avanzado para aquellos tiempos, siguieron encontrando obstáculos y desconfianza hasta que, en 1631, el Papa **Urbano VIII** suprimió su obra ahora difundida en varios países de Europa. Acusada de ser “hereje, cismática y rebelde a la Santa Iglesia” y considerada peligrosa por su esfuerzo por dar una dignidad y un papel a la mujer en la Iglesia Católica, fue “invitada a quedarse” unos meses en el monasterio de las Clarisas en Múnich. Mary se negó a firmar la declaración de culpabilidad preparada por los inquisidores y en 1637 se embarcó en un largo viaje a Roma para encontrarse directamente con el Papa. Cuando, dos años después, se le permitió regresar a Inglaterra, pudo abrir algunas comunidades junto a algunas compañeras, primero en Londres y después en el pueblo de Heworth, donde murió en 1645.

Su congregación fue aprobada en 1703, mientras que la Santa Sede aprobó definitivamente su Instituto de la Santísima Virgen María en 1877 siempre que no apareciera su nombre. Fue necesario esperar a principios del siglo XX para que el clima cambiara y fuera reconocida oficialmente como la fundadora. En 2003 la congregación tomó el nombre de “Congregatio Jesu”, tras recibir de **Pedro Arrupe** las Constituciones ignacianas adaptadas a las mujeres, según la voluntad de Mary Ward.

En 2009 se le otorgó el título de Venerable y sigue el proceso para su beatificación por las virtudes que ejerció en vida.

Etty Hillesum, víctima de Auschwitz, representa un camino sin precedentes frente al abismo del mal

Más allá del alambre de espino

DE CRISTIANA DOBNER

Fue una mujer inconformista y sorprendente. **Etty Hillesum** siempre vivió lejos de convencionalismos, como si tuviera la intención de marcar un camino propio e inédito y, al tiempo, no programado, sin una meta clara y sin una perspectiva. En Etty todo era fuerza, como una turbina de agua que nunca estaba quieta. Le agitaba y urgía dentro de ella una suerte de eros, una fuerza primordial que habría modelado su carácter, sus ganas de ser un verso suelto. ¿Cómo ocurría este proceso en ella?

Etty amaba la poesía, era una gran lectora, amaba la música, prefería el idioma ruso y era experta en Derecho. Conoció del ímpetu que comporta el enamoramiento y las relaciones con jóvenes atractivos: “Me partí el cuerpo como pan y lo compartí entre los hombres. Por qué no, tenían hambre y habían estado desaparecidos durante mucho tiempo”. Lo que no era tan conocido, y que suscita admiración, es el hecho de que pudiera ir más allá de las enfermedades, decepciones, dificultades y persecución antisemita que padeció.

Dentro de mí hay un pozo muy profundo. Y Dios está en ese pozo. A veces puedo alcanzarlo, pero a menudo lo cubren piedras y arena. Entonces Dios está sepultado y hay que volver a desenterrarlo (D 97).

Nos hallamos en una Holanda donde las persecuciones contra los judíos van cada vez a más hasta culminar en las deportaciones con destino al exterminio. El clima histórico en el que Etty se revela como escritora no podría ser peor si pensamos en esa (supuesta) tranquilidad que debe

rodear a quienes se dedican a escribir. Pero es en la lucha interna y la lucha externa donde ella halla la inspiración. Lo que le faltaba a la sensible joven era adentrarse en sí misma y encontrar allí una reserva de sentimiento, de gusto y de percepción.

El 23 de agosto de 1941 escribía en su Diario, porque Etty era grafómana:

Lo único que hago es hineinhorchen, es decir, escuchar (me parece que esta palabra es intraducible). Rápidamente me escucho a mí misma, a los demás y al mundo. Escucho con mucha atención, con todo mi ser, y trato de imaginar el significado de las cosas. Siempre estoy muy tensa y muy atenta, busco algo, pero no sé qué. Lo que estoy buscando, por supuesto, es mi verdad, pero todavía no tengo ni idea de cómo será. Procedo a ciegas hacia una determinada meta, puedo sentir que hay una meta, pero no sé dónde ni cómo (D 91).

Enferma, inestable y deprimida, pero rica creyéndose pobre, encontró ayuda precisamente en el eros, no entendido este en términos de libertinaje desenfrenado, sino en los de la fuerza del impulso que, enraizado en lo real, en el cuerpo, percibe intuitivamente al otro; un otro que, como creyentes, se puede definir como el Altísimo, y como judía por sentimiento, pero no creyente, puede entenderse en el experimentar, en el dejarse llevar.

¿Un paso dado en soledad?, ¿un don del Espíritu recibido de lo Alto? Puede haber otro significado en el caso de Etty: el eros que descansa su fuerza en un hombre conocido hacia finales de enero de 1941, **Julius Philipp Spier**, un judío alemán re-

fugiado en los Países Bajos, una persona polifacética, banquero y cantante, psicólogo que estudia la morfología y las líneas de las manos. Así lo describía:

Ojos penetrantes y claros, la boca grande y sensual, la estatura grande casi taurina, de movimientos libres y ligeros como una pluma. Segunda impresión: ojos grisáceos inteligentes, increíblemente sabios, que, por un tiempo, pero no por mucho, desviaron la atención de esa boca carnosa (D 4).

A través del amor carnal, sexual, surgió ese mundo subterráneo que requería desplegarse en lo espiritual, en el alma, en el espíritu, y Spier se convirtió en “el gran amigo, el obstetra de mi alma” (D 562).

No debemos confundir el léxico cristiano con el léxico de Etty, no se trata de conversión al cristianismo, ya que significaría traicionar su persona y el gran legado que fluye en nuestro tiempo.

Etty reza. ¿Cómo reza y a quién reza? La respuesta la escribía ella misma:

Cuando rezo, nunca rezo por mí, sino siempre por los demás; o hablo como las locas, o como una niña, o de forma muy seria, con la parte más profunda de mí que, por comodidad, llamo Dios (D 523).

Este descubrimiento se producía en ella a la par que padecía las restricciones de la guerra y el drama de la persecución nazi. En esos momentos se implicó en ayudar a los demás hasta un final que vivió desde una clara racionalidad y conocimiento de los hechos: se subió al tren con destino a Auschwitz cuando podría haber escapado a la deportación y a las cámaras de gas. Un camino no exento de dificultades e inmun-

dicia: “Es muy difícil vivir de acuerdo con Dios y con el bajo vientre”. Etty se sintió identificada, en *Wahlverwandschaft*, con **Rainer Maria Rilke**, y así lo expresaba:

... Aunque ya no estés en este mundo, me gustaría escribirte cartas largas, porque siempre estarás vivo. Alojarse al otro en el propio espacio interior y dejar que se expanda es mantener en nosotros un lugar en el que puede madurar y desarrollar su potencial. Incluso aunque no nos veamos durante muchos años, viviremos juntos. Conceder que perseverar en vivir en nosotros y vivir con él es fundamental para mí. De esta forma, seguimos avanzando con alguien sin que los acontecimientos de la vida nos abrumen. Cuando amamos de verdad, debemos ser capaces de sufrir. De lo contrario, el amor no sería auténtico, sino centrado en sí mismo, sería un amor posesivo... (D 292).

Bajo la guía de Spier, le espera un gran trabajo de limpieza, de barrer los restos interiores con el fin de llegar al estilo Stundede, a la hora tranquila. Etty entra en una categoría muy especial de personas pensantes, no se pregunta por qué Dios permitió el horror de Auschwitz, ni siquiera si Dios sufre y menos aún lo da por muerto. Da



Etty Hillesum nació el 15 de enero de 1914 en Middelburg, Países Bajos, en el seno de una familia medio burguesa de origen judío. Murió en Auschwitz, donde también fueron asesinados sus padres y un hermano. No tenía ni 30 años. Aunque pudo, eligió no salvarse. Dejó un diario que escribió entre 1914 y 1943 y que fue publicado en 1981. En él narra los horrores del campo de concentración a la vez que su camino de introspección y su relación con Dios y con los demás.

un salto singular, muy personal, quiere salvar a Dios. La de Etty no es la idea que tenemos de Dios, sino que para ella era ese fondo, ese depósito vital que había descubierto y hecho suyo:

Querido Dios, estos son tiempos turbulentos. Esta noche, por primera vez, estoy tendida en la oscuridad y me queman los ojos tras ver con ellos escenas y escenas de sufrimiento humano. Te prometo una cosa, Dios, una cosa muy pequeña: nunca cargaré mi día con preocupaciones sobre mi futuro, me esforzaré por hacerlo. Cada día tiene su afán. Quiero intentar ayudarte, Dios, a frenar las fuerzas que se me escapan, aunque no pueda garantizártelo a priori. Pero una cosa se está volviendo cada vez más clara: no puedes ayudarnos, debemos ayudarte a ayudarnos a nosotros mismos. Y eso es todo lo que podemos hacer en estos días y es lo que realmente importa: guardarnos ese pedacito de Ti, Dios, en nosotros mismos. Y quizás, incluso en los demás. Por desgracia, no parece haber mucho que Tú, por ti mismo, puedas hacer por nuestras circunstancias, por nuestras vidas. Sin embargo, no te hago responsable de ello (D 488-489).

En diciembre de 1943, dirigiéndose a sus amigas, describe con maestría el ambiente en el que vive, el campo de tránsito hacia el campo de exterminio en el Este:

Hay una gran multitud en Westerborg, como alrededor de un barco que está por hundirse al que se aferran demasiados naufragos a punto de ahogarse... (D 620-621).

Siempre acudió en ayuda de los demás; siempre estuvo unida a Spier, aunque en la lejanía. Vivía en una dimensión cristalina:

No importa si te encuentras dentro o fuera del campo cuando se tiene una vida interior (D 288-289).

El martes, 7 de septiembre de 1943, a poca distancia de la frontera con Alemania, Etty escribió su último mensaje en un trozo de papel que lanzó desde el vagón para animales que la llevaba a Auschwitz:

Christien, abre la Biblia al azar y encuentro esto: El Señor es mi baluarte. Estoy sentada sobre mi equipaje en el centro de un vagón de mercancías abarrotado. Mi padre, mi madre y Mischa van unos vagones más adelante. Al final, la partida se produjo sin previo aviso. Fue una orden especial contra nosotros enviada desde La Haya (D 702).

Y así, sin ninguna esperanza y mientras era deportada a bordo de uno de los trenes de la muerte, descubre que hay una fuerte certeza creciendo en su interior:

Deberíamos desear ser un bálsamo para tantas heridas (D 583).

Tercera generación

DE LUCIA CAPUZZI

Espero que la certeza de contribuir a un trabajo hermoso, útil y fructífero os haga soportar el cansancio. Que sepáis conservar la memoria. Y que lleguéis a asombraros”. Estos son los tres deseos de **Cristina Simonelli** para quienes la sucederán al frente de la Coordinadora de Teólogas Italianas (CTI). Dieciocho años después de su fundación, la Coordinadora afronta un importante punto de inflexión. El segundo. “El primero tuvo lugar en 2013, cuando hubo un cambio de guardia entre la creadora, **Mariella Perroni** y yo. Ahora soy yo quien termina el segundo mandato y deja el cargo, como prevén los estatutos. La alternancia es necesaria. Con cada cambio, pasamos el testigo a la próxima generación para que las “nuevas generaciones” no sigan siendo alumnas de por vida y se conviertan en madres y maestras”, explica.

Tras la fase pionera, Simonelli se centró en la estructuración y articulación de la CTI que tiene 161 miembros, entre quienes han cursado algún curso de formación teológica o se dedican a la disciplina. El grupo también incluye a unos diez hombres. “No somos un grupo segregacionista ni corporativista. Asumimos la diferencia y la vivimos en relación, desde un sistema crítico y transformador. Es un espacio plural porque no tenemos un punto de vista único sobre la actualidad eclesial. Nuestro lema es *Yo no te excomulgo*. Cultivamos los estudios teológicos desde una perspectiva de género con la convicción de que la diferencia sexual es la gran represión cultural. Hacerla presente es indispensable para la Teología”. Una ciencia que siempre está en cuestión por su objeto, elusivo por definición, y porque el sujeto que la practica, está muy acotado históricamente y socialmente. “Nuestro ser mujeres se antepone a las diferencias confesionales. La CTI es un lugar ecuménico que marca una perspectiva de trabajo para la Iglesia”. Lo hace como laboratorio de proyectos, brindando apoyo a quienes dan sus primeros pasos en la disciplina o descubriendo nuevos talentos. La asociación quiere ser “una fuerza silenciosa”. “No nos gustan los panfletos ni las proclamas grandilocuentes. En estos ocho años, me he sentido libre para hablar con gran libertad. No solo de la Iglesia, sino de Dios y del mundo. Una libertad radicada en el sentido y, por ello, auténtica, respetuosa y audaz”.

DE CAROLA SUSANI

En su propia piel

Simone Weil ilumina los lazos entre pensamiento y acción

La **Simone Weil** de la Marsella de 1941 tiene una expresión difícil de descifrar bajo su capa de lana y unas gafas que casi ocultan su rostro. Durante su vida, aparte de unos pocos –intelectuales, militantes políticos, trabajadores, estudiantes– que habían aprendido a respetarla, fue como una criatura inverosímil, alejada de los cánones, ajena a los deberes que su sexo y clase exigían, incontrolable para las autoridades, demasiado rígida para sus compañeros de viaje y ridícula para muchos.

Vivía con sus padres en Marsella. La familia huía de la Francia ocupada por los nazis. En ese momento ya había sido, como escribió, “tomada por Dios”, y ya había establecido correspondencia con el padre **Perrin**, a quien debemos la publicación de sus cartas y últimos escritos.

Nació en París en 1909 en una familia de judíos cultos, ricos y no religiosos. Debido al trabajo de su padre, ella y su hermano André viajaron mucho y estudiaron en casa, eso hizo que estuvieran más preparados en muchas materias que el resto de estudiantes. Desde niña, Simone fue consciente de que era una privilegiada por haber nacido en una familia acomodada y esta certeza, y la injusticia implícita que revelaba, le había marcado profundamente. Cuando su camino se cruzó con el de San **Francisco**, sintió su fuerza. Fue en Santa Maria degli Angeli, en 1937, durante un viaje a Italia. Allí vivió uno de los que consi-

dera sus encuentros con Dios. Por primera vez sintió la obligación de arrodillarse.

Según relata en la biografía su amiga **Simone Pétrement** (*Vida de Simone Weil*, Adelphi 2010), desde sus primeros años de formación se negó a que su habitación estuviera caliente porque no podía soportar vivir en mejores condiciones que los desempleados; trabajaba con frío y esta elección fue determinante en sus terribles dolores de cabeza. No le dio importancia a su propio sufrimiento. La injusticia que sufrió no le pareció digna de consideración mientras que la que pesó sobre los demás le produjo un dolor infinito.

Quizás esto tenga que ver con su negativa a ser feminista, algo que ignoraba por completo, o con manifestar su admiración por el mundo griego en cuanto a la condición de opresión de la mujer, abordando el tema de la esclavitud antigua con claridad: defenderse era intolerable. Fue cercana a la extrema izquierda en su juventud, desde el día en que acompañó a un grupo de desempleados que exigían mejores condiciones de vida. Fue en el municipio de Le Puy, donde daba clases. Allí se interesó por el sindicato que la puso en contacto con los trabajadores. Siempre se mantuvo muy lúcida sobre los horrores de la Unión Soviética y lo debatió con **Trotsky**, a quien acogió, como a otras personas conocidas

y desconocidas en fuga, en la casa de sus padres. Y luego estudió y enseñó filosofía, ciencias, matemáticas y literatura.

En sus cartas al padre Perrin hablaba del peligro que para ella representaba todo ritual comunitario: “Soy, por disposición natural, muy influenciable. Si tuviera frente a mí a una veintena de jóvenes alemanes cantando himnos nazis a coro, sé que parte de mi alma se convertiría en nazi”. Tenía sed de comunidad y sabía que cualquier pertenencia identitaria podía hacerle perder la claridad, no quería que la Iglesia la atrajera de esa manera. Tenía un sentido de los símbolos muy intenso. Pétrement cuenta cómo, durante las manifestaciones, intentaba tomar la bandera roja y agitarla. Cuando lo hacía era feliz como una niña.

La experiencia de trabajar en la fábrica, que buscó con ahínco, le hizo madurar algunas ideas sobre la relación entre el ser humano y las máquinas, sobre la inhumanidad de la vida laboral esclavizada a ritmos no humanos, privada de la conciencia del trabajo y de sus resultados, aniquilado la posibilidad del pensamiento y donde la relación entre quien ejecuta y quien manda se vuelve autoritaria, ciega y destruye la iniciativa. Para ella, físicamente muy débil, afectada por dolores de cabeza, fue una experiencia insoportable; pero era lo que buscaba, la eliminación de todo signo de

Por una Iglesia para los pobres

DI MARÍA LÍA ZERVINO

Margarita Moyano, la argentina del Vaticano II

El 18 de diciembre de 1965, el Papa **Pablo VI** entregó a **Margarita Moyano** el Mensaje a los jóvenes durante la clausura del Concilio Vaticano II. Fue designada auditora laica ya que era la presidenta de la Federación Mundial de Juventudes Femeninas Católicas. Describía así su experiencia conciliar: “He tenido la sensación de tocar de cerca parte de este misterio que es la Iglesia, el Pueblo de Dios y madre que nos da la vida; santa y pecadora, prostituta y fiel, misterio tejido por hombres y mujeres en el que irrumpe el Espíritu

de Dios, como irrumpe en la historia de toda la Humanidad”.

Margarita nació el 6 de agosto de 1926 en una familia argentina de ascendencia criolla. Creció en Buenos Aires con sus padres y ocho hermanos. Mujer inteligente, de fe inquebrantable, viva y precisa, irradiaba una alegría profunda enraizada en su espiritualidad inescrutable. De complexión más bien pequeña, voz dulce y sonrisa inalterable, le gustaba entretener a los más pequeños de la casa, de ahí su profesión de docente. Desde temprana edad ingresó en la

Acción Católica Argentina y fue presidenta del Consejo Superior Juvenil de Acción Católica y se convirtió en presidenta para América Latina de la Federación Mundial de Juventudes Femeninas Católicas.

Esta juiciosa laica cristiana fue una de las 23 mujeres auditoras del Vaticano II, a las que la prensa se refiere como “las madres del Concilio”. Fueron trece laicas y diez religiosas, mujeres combativas, altamente capacitadas e invitadas al Concilio por sus competencias. Representaron una indudable riqueza





prestigio y de toda protección. Reconoció que esa era la condición de la esclavitud. Es solo allí donde la benevolencia, la solidaridad no inducida por motivos paternalistas o sociales, existe con su verdadera fuerza.

En Portugal, en un pueblo de pescadores, escuchó “unos cantos muy antiguos, de una tristeza insoportable”. Tuvo “la certeza de que el cristianismo es la religión por excelencia de los esclavos, a la que no pueden dejar de adherirse, y yo con ellos”.

De la experiencia en la fábrica concluyó que era intolerable preservar sus privilegios mientras otros sufrían. En las cartas a Perrin escribía: “cuando me represento concretamente, y como evento que podría estar cerca —el acto que me introduciría en la Iglesia—, nada me entristece más que separarme de la inmensa desgracia de los incrédulos”. Salvarse dejando atrás a los excluidos era algo que no procesaba.

Simone Weil afrontó una cuestión que también había planteado **Teresa de Lisieux**, la salvación de los que quedan fuera, de los que no han sido tocados por la fe ni por la predicación. No podía dejar de recordar con desconcierto la violencia de las Cruzadas o la Inquisición y exigió a la Iglesia una respuesta que llegaría con el tiempo. Debido al odio que genera la violencia, el cristianismo de Simone Weil rechazaba la raíz del Antiguo Testamento. Su lectura le resultaba atroz, la violencia que encontró era intolerable para su idea de Dios. En su pensamiento del Antiguo Testamento, en el sentido extremo de distanciamiento de la cultura judía frente

a la griega, parece que sufría de una forma de literalismo, que pecaba de poco sentido histórico. Parecía juzgar el pasado y todas las culturas a partir de una vara muy rígida adoptada en su presente y proyectada hacia el futuro. Es el mismo juicio inflexible que aplicaba a la civilización romana y a su imperio, salvo a los amados estoicos. Quién sabe dónde la habría llevado este pensamiento si no hubiera muerto el 24 de agosto de 1943, en Inglaterra, de tuberculosis y de hambre, tras intentar en vano contribuir a la lucha contra los nazis.

La seriedad con la que Simone Weil afronta la vida no puede hacernos olvidar la comedia con la que su delgada y torpe figura pisó la escena mundial, una especie de **Charlot** femenina, que en la vida cotidiana vestía con un jersey del revés, y en España, donde fue a pelear en la batalla antifascista, no llegó a empuñar un rifle, pero acabó quemándose con una sartén de aceite hirviendo y fue repatriada. Había en ella un gusto por la risa que casaba bien con su sentido de la justicia; disfrutaba observando la ira de los directores con los que trabajaba, de los prefectos y de los periodistas hostiles y se reía de buena gana y sin amargura. El sentido del humor era un denominador común en su familia. Escribió a su hermano, que escapó de la Shoah y recaló en Estados Unidos: “Nos gusta imaginarte empapando grandes pastas de mantequilla en chocolate mientras derramas unos buenos lagrimones pensando en nosotros. No lo confesarás nunca y esta idea nos hace reír mucho”.

durante los trabajos. Aunque no pudieran intervenir en el pleno, aunque no tuvieran ni voz ni voto, se hicieron oír en las comisiones donde contribuyeron, por ejemplo, a la redacción de *Gaudium et Spes*. La gran aportación de Margarita fue en el campo ecuménico. Entabló con **Roger Schutz**, fundador de la comunidad de Taizé, una gran amistad que continuó durante toda su vida. Fue una de las promotoras de los Encuentros Internacionales y del Concilio de la Juventud en Taizé (Francia) de 1970 a 1974.

Durante esa extraordinaria experiencia conciliar, compartió las reflexiones de los obispos latinoamericanos sobre el tema

“la Iglesia de los pobres”. Como solían ir a rezar a las catacumbas, se les llamaba “los obispos de las catacumbas”. Así nació la amistad con obispos como **Helder Cámara** o **Enrique Angelelli**. En 1978 fue convocada como observadora en la Asamblea Episcopal Latinoamericana en Puebla (México). Su opción por los pobres fue un sello indeleble de su esencia y acciones.

En Argentina, Margarita fue muy activa dentro del INCUPO (Instituto de Cultura Popular), una asociación de profunda inspiración cristiana para la educación popular de adultos, criollos e indígenas, como leñadores, pequeños agricultores, trabajadores no cualificados y

trabajadores migrantes sin posibilidad de desarrollo, todos condenados a la pobreza y el analfabetismo. Era creativa, trabajadora y activa. Estas familias la apreciaban enormemente.

Durante la dictadura militar, se trasladó a Bruselas por razones de seguridad. Como había demostrado con su camino ser una mujer sensata, con ideas avanzadas y con un afinado sentido eclesial, fue nombrada miembro de la Comisión Nacional Justicia y Paz de la Conferencia Episcopal Argentina, cargo que ostentó de 1988 a 1992.

En su última parroquia, Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, se dedicó a la catequesis de adultos. Su párroco era **Óscar**

Ojea, actual presidente de la Conferencia Episcopal Argentina. Él la recuerda como una laica de excelente formación, con notable capacidad de discernimiento y escucha, constructora de comunidad y llena de alegría. Fue la animadora del principal acto de las peregrinaciones al santuario de Luján. Le ayudó a fundar el Hogar Albisetti, un centro de integración para hombres indigentes. Pionera y secretaria del Hogar El Arca en su país, un centro de acogida y acompañamiento para personas con discapacidad. Mostró gran serenidad y humildad durante su enfermedad, un cáncer de páncreas que se la llevó el 19 de mayo de 2003.

Cristianismo, libertad e igualdad

DI STEFANIA FALASCA

Dorothy Day elevó el sermón de la Montaña a manifiesto

Imprimiremos las palabras de Cristo, que siempre está con nosotros: *Ama a tus enemigos, haz el bien a los que te odian y reza por los que te persiguen y calumnian, para que puedas ser hijo de tu Padre del Cielo, quien hace salir el sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos e injustos*. Lo dice una activista estadounidense libertaria y periodista comprometida políticamente: **Dorothy Day**. Es 1942 cuando firma estas líneas indelebles en uno de sus editoriales en el *Catholic Worker*: “Seguimos siendo pacifistas. Continuaremos con nuestra resistencia cristiana pacifista. Nuestro pacifismo es el Sermón de la Montaña, por lo que no participaremos en guerras armadas ni en la producción de armamento, ni compraremos bonos del gobierno para continuar con la guerra, ni instaremos a terceros a hacer estos esfuerzos”.

Dorothy Day fue durante décadas la figura más incómoda del catolicismo estadounidense del siglo pasado. Según el historiador **David O'Brien**, “fue el personaje más importante, interesante e influyente en la historia del catolicismo estadounidense”. Fue tan relevante que hasta el FBI la consideró peligrosa. Se hizo católica en 1927 y fundó en 1935 con **Peter Maurin**, *The Catholic Worker*, la revista católica que en dos años pasó de 2.500 a 150.000 ejemplares, que aún se publica y que se ha convertido en el epicentro del amplio movimiento del *Catholic Worker*. Una labor que no es solo editorial a través de la revista, sino que también se concreta en la creación de casas de acogida y comunas agrícolas junto a otros centros de acción social. Se trata de un movimiento que quiso servir a los pobres y a los descartados y, al mismo tiempo, desafiar a las estructuras que tantas desigualdades provocan, en paralelo con el compromiso pacifista en varios frentes como la guerra fría, el terror nuclear, Cuba o Vietnam.

Nacida el 8 de noviembre de 1897 en el 71 Pineapple Street en Brooklyn. Dorothy Day fue una mujer de acción durante toda su vida. Nunca dejó de protestar contra la injusticia social y lo hizo como creyente católica y como mística. El Papa **Francisco**, en 2015 en Washington en la sede del Congreso, habló de ella como una de las figuras que “han dado forma a los valores fundamentales que permanecerán para

siempre en el espíritu del pueblo estadounidense”, junto a **Martin Luther King**, **Abraham Lincoln** y el trapense **Thomas Merton**. Y probablemente Dorothy representó el mayor grado de compromiso en la aplicación de las enseñanzas sobre justicia económica y social y sobre los males de la carrera armamentista.

Fue una creyente militante, del lado de los desempleados y de las personas sin hogar. Siempre estuvo junto a esa humanidad vulnerable a la que habían golpeado la crisis económica del 29 y la Gran Depresión. Ahí estaba Dorothy Day, una especie de conciencia radical de la Iglesia católica estadounidense, y no solo en ese momento, porque su fuerza no mermó con la edad. Su vida de acción y pensamiento terminó a los ochenta y tres años y estuvo marcada por el dinamismo de la caridad y por una dimensión mística en relación constante con Cristo. Vivió guiada por el discurso de las Bienaventuranzas. La suya es la aventura inolvidable de una mujer de fe, que no estuvo exenta de inquietudes, pero que nunca dudó de una fe que llama a todos al servicio.

Dorothy Day comenzó esta aventura en 1927 cuando afrontó una profunda crisis, atrapada entre su deseo de vivir la fe dedicándose a las personas que son víctimas de la injusticia social y una Iglesia católica que parecía no tener espacio para tales cosas, como si tuviera miedo de ensuciarse las

manos. El 8 de diciembre de 1932 fue al santuario de la Inmaculada Concepción en Washington y rezó. La respuesta no tardó en llegar. Al día siguiente, al regresar a Nueva York, la esperaba un tal **Peter Maurin**, un católico de origen francés que tenía la idea de crear un movimiento social católico en Estados Unidos y buscaba una persona que pudiera escribir bien y compartir sus ideas y su proyecto.

De ese encuentro providencial nació el *Catholic Worker Movement* que se estrenó con su periódico el 1 de mayo de 1933 en la Union Square de Manhattan, en plena Gran Depresión. El diario se vendía al precio simbólico de un centavo y aún hoy ha mantenido el mismo precio. Promovió una línea de apoyo a trabajadores y sindicatos, de acuerdo con las primeras encíclicas sociales y, con gran realismo y previsión anticipándose a los tiempos, fue fuertemente crítico con ciertos aspectos de la industrialización que aún hoy producen unos desperdicios y un consumismo contrarios a una formación sana de la persona. Paralelamente a la acogida de personas sin hogar en la casa de Manhattan, el movimiento compró algunas fincas donde, en comunidades de familias, se revalorizó el trabajo manual y el contacto con la naturaleza. En todo Estados Unidos se abrieron otras casas de acogida a la vez que el periódico circulaba por las diócesis y parroquias de todo el país.



En los años sesenta Dorothy Day viajó a Italia tres veces, dos durante el período del Concilio Vaticano II en 1963 para solicitar que los padres conciliares se pronunciasen a favor de la paz, y una vez en 1967 cuando recibió la comunión de parte de **Pablo VI**. Como prueba de la estima de la que gozaba en el mundo católico americano, en 1976 pronunció un discurso en el Congreso Eucarístico de Filadelfia y, al año siguiente por su 80 cumpleaños, recibió un saludo personal de Pablo VI. En 1979 recibió la visita de la **Madre Teresa de Calcuta** en Nueva York.

En su autobiografía escribió: “Cuando muera, espero que la gente diga que he tratado de recordar lo que Jesús nos dijo, sus maravillosas historias, y que he tratado de vivir siguiendo su ejemplo y la sabiduría de escritores como **Dickens**, **Dostoievski** y **Tolstói**, que vivieron siempre pensando en Jesús”. ¿Una santa para los tiempos de hoy? “No me llames santa. No quiero que me rechacen tan fácilmente”, dijo.

La causa de canonización, apoyada por la diócesis de Nueva York, está en marcha. “No quiero tener en mi conciencia el hecho de no haber hecho algo que Dios quería”, dijo el cardenal **John J. O'Connor** cuando en 2000 abrió la causa, que no parece haber avanzado desde entonces.

En la capilla del cementerio de Staten Island, en las vidrieras que representan a los santos estadounidenses, ella ya está. Es un ejemplo a seguir en un mundo donde la división entre ricos y pobres ha alcanzado desproporciones aún mayores que las que ella denunció, un testimonio profético a la luz de las últimas encíclicas *Laudato Si'* y *Fratelli tutti*. Es un modelo por haber tenido las Bienaventuranzas como brújula en todo lo que emprendió.

Ya enferma del corazón, murió en Maryhouse, la casa de acogida para mujeres de Nueva York, el 29 de noviembre de 1980. Muchos periodistas asistieron a su funeral. Uno de ellos aseguró que “vivió como si la verdad fuera realmente cierta”. Y otro preguntó a **Peggy Scherer**, editora del *Catholic Worker*, si el movimiento continuaría sin su fundadora: “Hemos perdido a Dorothy, pero todavía tenemos el Evangelio”, respondió.

Dorothy Day fue enterrada en Staten Island en un prado con vistas al océano, a poca distancia de la playa donde tuvo lugar su conversión. En la pequeña lápida decorada con una imagen de unos panes y unos peces, que se usaba muchas veces en el *Catholic Worker*, solo están grabadas dos palabras elegidas por Dorothy: *Deo Gratias*.

Adelaide, Elisa y las demás

DE LILLI MANDARA

Fueron audaces, fuertes, decididas y feministas comprometidas; algunas solteras, otras casadas; algunas periodistas, escritoras o educadoras, ricas y burguesas, asiduas de debates filosófico-literarios o hijas de los protagonistas del Renacimiento. Otras fueron de extracción obrera y autodidactas. Y todas, sin distinción, fueron mujeres en la frontera que plantearon la exigencia de una fe adecuada a los tiempos cambiantes. Y todas ellas siempre permanecieron aferradas a su fe incluso en los momentos más oscuros, incluso cuando algunas fueron apartadas de la Eucaristía.

Las modernistas

Son mujeres que entre finales del siglo XIX y principios del XX se adhirieron al Modernismo, movimiento al que se opusieron las autoridades eclesiásticas y objeto de la encíclica *Pascendi dominii gregis* de 1907 de **Pío X**, que llamaba a los hombres y mujeres que formaban parte de él “rebeldes”. Feministas *ante litteram*, estas mujeres cultivaron fuertes amistades espirituales e intelectuales masculinas y estuvieron relacionadas con los Papas.

En la última que **Juan XXIII** escribió a **Adelaide Coari**, una de las más conocidas exponentes del modernismo católico. Muchos leen apoyo y complicidad, quizá incluso una aprobación a una mujer que siempre fue considerada transgresora por parte del Papa **Roncalli**.

A principios del siglo XX, la feminista cristiana más comprometida y militante



Antonietta Giacomelli



Maria di Campello



Elisa Salerno

Las modernistas fueron contestadas y combatidas, pero también amigas de los Papas



Adelaide Coari

era **Elisa Salerno**, que ataca al antifeminismo de algunas jerarquías eclesiásticas y reivindica el derecho de mujeres al canto litúrgico. Sus batallas fueron las madres solteras, el derecho a saber el nombre del padre o su obligación de casarse

con la mujer cortejada. A ella también se le prohibió recibir la Eucaristía.

Durante 20 años, la hermana **Maria di Campello** mantuvo correspondencia con **Gandhi**, quien le escribió una carta cada 2 de octubre, fecha de nacimiento del Mahatma, y a la que ella siempre respondía con un “Querido Bapu”. También se escribió con **Primo Mazzolari**, don **Orione**, **David Turoldo** y **Albert Schweitzer**; y mantuvo una fuerte amistad con el sacerdote **Enrico Buonaiuti**, uno de los principales exponentes del modernismo italiano, excomulgado y reducido al estado laical. Este le entregó el cáliz que por la excomunión ya no podía usar.

Para ella, la Iglesia era la sociedad de los creyentes, por tanto, extendida a los hermanos israelitas, paganos o de cualquier credo. Escribió una carta a Pío XII en la que le pedía poder vivir, como católica, una fe más amplia. La misiva quedó sin respuesta.

Antonietta Giacomelli pagó, con la prohibición temporal de recibir los sacramentos y libros incluidos en el Index, su activismo a veces radical y su amistad con **Romolo Murri**, sacerdote y político, uno de los fundadores del socialcristianismo en Italia que sufrió suspensión *a divinis* y excomunión (después revocada). “Giacomelli atravesó un momento muy duro, casi cruel desde el punto de vista religioso. Fue quien propuso la participación de los fieles en el rito de la Misa, que debería celebrarse en italiano, allanando el camino para el Concilio Vaticano II. En ella vivía la conciencia del carácter popular de la religión.



Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente



www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento